

BASILICA PONTIFICIA DE SAN MIGUEL



Suplemento mensual

ABRIL DE 2018

Vaticano, 13 de enero de 2017

Carta del Papa Francisco a los jóvenes con ocasión de la presentación del Documento Preparatorio de la XV Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos



Queridos jóvenes:

Tengo el agrado de anunciarles que en el mes de octubre del 2018 se celebrará el Sínodo de los Obispos sobre el tema «Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional». He querido que ustedes ocupen el centro de la atención porque los llevo en el corazón. Precisamente hoy se presenta el *Documento Preparatorio*, que les ofrezco como una “guía” para este camino.

Me vienen a la memoria las palabras que Dios dirigió a Abrahán: «Vete de tu tierra, de tu patria y de la casa de tu padre a la tierra que yo te mostraré» (*Gen 12,1*). Estas palabras están dirigidas hoy también a ustedes: son las palabras de un Padre que los invita a “salir” para lanzarse hacia un futuro no conocido pero prometedor de seguras realizaciones, a cuyo encuentro Él mismo los acompaña. Los invito a

escuchar la voz de Dios que resuena en el corazón de cada uno a través del soplo vital del Espíritu Santo.

Cuando Dios le dice a Abrahán «Vete», ¿qué quería decirle? Ciertamente no le pedía huir los suyos o del mundo. Su invitación fue una fuerte provocación para que dejase todo y se encaminase hacia una tierra nueva. Dicha tierra, ¿no es acaso para ustedes aquella sociedad más justa y fraterna que desean profundamente y que quieren construir hasta las periferias del mundo?

Sin embargo, hoy, la expresión «Vete» asume un significado diverso: el de la prevaricación, de la injusticia y de la guerra. Muchos jóvenes entre ustedes están sometidos al chantaje de la violencia y se ven obligados a huir de la tierra natal. El grito de ellos sube a Dios, como el de Israel esclavo de la opresión del Faraón (cfr. *Es* 2, 23).

Deseo también recordarles las palabras que Jesús dijo un día a los discípulos que le preguntaban: «Rabbi (...) ¿dónde vives?». Él les respondió: «Venid y lo veréis» (*Jn* 1,38). También a ustedes Jesús dirige su mirada y los invita a ir hacia Él. ¿Han encontrado esta mirada, queridos jóvenes? ¿Han escuchado esta voz? ¿Han sentido este impulso a ponerse en camino? Estoy seguro que, si bien el ruido y el aturdimiento parecen reinar en el mundo, esta llamada continua a resonar en el corazón da cada uno para abrirlo a la alegría plena. Esto será posible en la medida en que, a través del acompañamiento de guías expertos, sabrán emprender un itinerario de discernimiento para descubrir el proyecto de Dios en la propia vida. Incluso cuando el camino se encuentre marcado por la precariedad y la caída, Dios, que es rico en misericordia, tenderá su mano para levantarlos.

En Cracovia, durante la apertura de la última Jornada Mundial de la Juventud, les pregunté varias veces: «Las cosas, ¿se pueden cambiar?». Y ustedes exclamaron juntos a gran voz «¡sí!». Esa es una respuesta que nace de un corazón joven que no soporta la injusticia y no puede doblegarse a la cultura del descarte, ni ceder ante la globalización de la indiferencia. ¡Escuchen ese grito que viene de lo más íntimo! También cuando adviertan, como el profeta Jeremías, la inexperiencia propia de la joven edad, Dios los estimula a ir donde Él los envía: «No les tengas miedo, que contigo estoy para salvarte» (*Jer* 1,8).

Un mundo mejor se construye también gracias a ustedes, que siempre desean cambiar y ser generosos. No tengan miedo de escuchar al Espíritu que les sugiere opciones audaces, no pierdan tiempo cuando la conciencia les pida arriesgar para seguir al Maestro. También la Iglesia desea ponerse a la escucha de la voz, de la sensibilidad, de la fe de cada uno; así como también de las dudas y las críticas. Hagan sentir a todos el grito de ustedes, déjenlo resonar en las comunidades y háganlo llegar a los pastores. San Benito recomendaba a los abades consultar también a los jóvenes antes de cada decisión importante, porque «muchas veces el Señor revela al más joven lo que es mejor» (*Regla de San Benito* III, 3).

Así, también a través del camino de este Sínodo, yo y mis hermanos Obispos queremos contribuir cada vez más a vuestro gozo (cfr. *2 Cor* 1,24). Los proteja María de Nazaret, una joven como ustedes a quien Dios ha dirigido su mirada amorosa, para que los tome de la mano y los guíe a la alegría de un *¡heme aquí!* pleno y generoso (cfr. *Lc* 1,38).

Con paternal afecto, FRANCISCO.

Card. Julián Herranz

San Josemaría y los jóvenes

Extractos de una conferencia en Jaén el 10 de noviembre de 2010

Centenas de miles — quizás ya millones— de jóvenes en todo el mundo han meditado las siguientes palabras de San Josemaría, un santo que los conocía bien y con el que he tenido la gracia de convivir día a día durante veintidós maravillosos años: “Que tu vida no sea una vida estéril. –Sé útil. –Deja poso. –Ilumina, con la luminaria de tu fe y de tu amor...”. Como bastantes de mis compañeros de estudio o de deporte, sentía en mi alma un ansia de cosas grandes, de dedicar mi existencia a ideales altos aunque fueran arduos. Era una serena inquietud, que reflejaban bien estas palabras de un poeta que me gustaba leer, José María Valverde: “Tú, amigo, tú que tienes veinte años, dime: ¿qué vas a hacer con ellos?”. La respuesta la había encontrado en otra pregunta con no menor ímpetu juvenil, que en Camino, un libro de espiritualidad, nos hacía a los jóvenes un sacerdote, Josemaría Escrivá: “¿No gritaríais de buena gana a la juventud que bulle alrededor vuestro: ¡locos!, dejad esas cosas mundanas que achican el corazón... y muchas veces lo envilecen..., dejad eso y venid con nosotros tras el Amor?” (n. 790). Esas “cosas mundanas” eran entonces, como lo son hoy, los falsos dioses de las tres principales concupiscencias que tientan al hombre herido por el pecado original: el ídolo de la avaricia y del poseer a toda costa (“concupiscen-



cia de los ojos”), el ídolo de la lujuria y de la droga (“concupiscencia de la carne”) y el ídolo del poder (“soberbia de la vida”). Tres concupiscencias que acompañan inseparablemente la naturaleza humana caída. El autor de Camino lo sabía, pero lo que Josemaría Escrivá

nos pedía a los jóvenes era que no dejásemos que nuestro corazón se envileciese rindiéndose vergonzosamente –por falta de lucha ascética– al culto de ninguno de esos ídolos. Eso sería sacrificar en el altar de falsos y efímeros ‘paraísos’ nuestras aspiraciones más nobles y profundas, nuestra sed de verdadera libertad y felicidad.

“Venid con nosotros tras el Amor”. Aquella frase del joven sacerdote Josemaría sonaba en mi corazón a los veinte años como el “¡Sígueme!” de Jesús a sus primeros discípulos junto al mar de Galilea. Me infundía temor y a la vez me agradaba el pensamiento de que esa llamada divina pudiera ser también para mí. Otra frase de aquel sacerdote joven —“El Amor... ¡bien vale un amor!” (Camino, n. 171)— me hirió como una bayoneta.

La gracia de Dios me hizo audaz y decidí entregarme completamente a Cristo, dejar todo para entrar en el futuro más ligero, jugarme la entera existencia a una sola carta: la carta del Amor de Dios. Han pasado sesenta años, y os aseguro que nunca me arrepentí: han sido, están siendo,



sesenta años de felicidad. ¡Gracias a Dios!

Josemaría Escrivá, que nos había leído esa exhortación a “luchar por amor hasta el último instante”, iba a cumplir, pocos días después, setenta años. No era el sacerdote joven que yo había conocido en Madrid en el lejano 1950. Pero el vigor juvenil de su alma era el mismo, tanto es así que había escrito refiriéndose a un tercero e indirectamente a sí mismo: “Andaba siempre, a pesar de los años, con la juventud madura del Amor” (Forja, n. 493). Por eso, ante la hecatombe espiritual a la que acabo de referirme y pensando sobre todo en los jóvenes que la estaban sufrien-

do y a los que él preveía —como ha sucedido— que la deberían afrontar en el futuro, nos dijo: “Inactivos no nos vamos a quedar”. Consecuente con el propósito de “batallar por Amor”, nos repetía con frecuencia esta consigna recogida después en Surco: “Tarea del cristiano: ahogar el mal en abundancia de bien. No se trata de campañas negativas, ni de ser antinada. Al contrario: vivir de afirmación, llenos de optimismo, con juventud, alegría y paz; ver con comprensión a todos: a los que siguen a Cristo y a los que le abandonan o no le conocen. —Pero comprensión no significa abstencionismo, ni indiferencia, sino actividad” (n. 864). ■

BASILICA PONTIFICIA DE SAN MIGUEL

c/ San Justo, 4. 28005 - Madrid. e-mail: info@bsmiguel.es
Teléfono: 91 548 40 11 www.bsmiguel.es

 @BasilicaSMiguel
 Basilica San Miguel